

insuportable, caminaba con agigantados pasos por el sendero que lleva al suicidio, si no conduce antes a un establecimiento penal.

La tormenta estaba encima. Al lejano tableteo de los truenos se sucedían tronadoras descargas, que dejaban amedrentada e inmóvil a la huda jaquita, y hacían piñar con bética impaciencia el fogoso alazan, que tomaba el estruendo de la tempestad por el fragor del combate.

—¡Ah! ¿tú vas cómo yo te miro? ¡Bendito sea Dios!

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos! ¡qué conmoción más horrible!

—No me abandones, sálvame, yo no quiero ser más que tuya, tuya siempre. ¿Qué sería de mí madre si le faltara toda la ternura de su hija?

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

se guarnecieron, hasta encontrarse y confundirse en cariñoso abrazo. —¡Estás salvo!

—¡Y tú! Pero te dura aún el espanto, objetó Pablo. ¿Por qué me miras con esa fijeza aterradora?

—¡Oh, calla, calla; qué idea tan horrible!

—No es, pues, la muerte lo que puede separarnos, continúo ésta; hablo de otra separación, la que pudiera originarse por un tercero que se interpusiera entre ambas.

—Un hombre que llegara a tener sobre mí derechos más fuertes y sagrados que tus propios derechos, y al que pudiera amar más que á tí misma. . .

—¡No me abandones, sálvame, yo no quiero ser más que tuya, tuya siempre.

—¡Ah! exclamó el mozo; burla horrible e impía de la casualidad es esa: tú invocando fervorosamente á Dios, quedaste ciega; yo blasfemaba de Él, y estoy salvo!

—Hermano, dijo la niña, los altos juicios de Dios son inescrutables á nuestra débil razón, y el que, favorables ó no, intente comprenderlos ó juzgarlos, no conseguirá otra cosa que hacer más densas y apenadoras las tinieblas de su ignorancia y necesidad.

—Hija mía, tiemblo que tu corazón haya hecho una elección desacertada y prematura ante todo: apenas has cumplido quince años.

—En vano sería cuanto pudiera decirte, en vano tus mismos loables propósitos, si abres tus oídos á la fraseología galante y hechicera, bajo la cual suelen ocultarse las pasiones bastardas, como en el césped suave y aterciopelado asquerosos reptiles.

ayudó á acostarse, é hizo sobre su rostro la señal de la cruz, y la besó como cada noche, en la frente y en los ojos, cuyas miradas eran para la pobre madre fuente de inagotables consuelos y cielo de toda su vida.

Bajó en seguida la luz á la lámpara, y sentóse junto á la cama, con una mano de la niña entre las suyas.

—Y tú también, mamá; acuérdate y ten la seguridad que tu hija será siempre tuya, tuya exclusivamente; que ningún otro amor arrancaré un latido de felicidad á su pecho que tú sola llenas y enamoras, ni hombre alguno hará derramar una lágrima á sus ojos que tanto ama.

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

—Luz, hermana mía, recóbrate, estás azorada, temblorosa. . . Mira, ya se disipó la tormenta; hemos sentido el rayo sobre nuestras cabezas, azotar nuestros cuerpos!

rey David perdió la gracia de Dios y cayó en el pecado por mirar desde el terrado donde se paseaba á la casa de Betsabé.

—No miraré.

—¿Qué me miras con esa fijeza aterradora?

—Oh, calla, calla; qué idea tan horrible!

—No es, pues, la muerte lo que puede separarnos, continúo ésta; hablo de otra separación, la que pudiera originarse por un tercero que se interpusiera entre ambas.

—Un hombre que llegara a tener sobre mí derechos más fuertes y sagrados que tus propios derechos, y al que pudiera amar más que á tí misma. . .

—¡No me abandones, sálvame, yo no quiero ser más que tuya, tuya siempre.

—¡Ah! exclamó el mozo; burla horrible e impía de la casualidad es esa: tú invocando fervorosamente á Dios, quedaste ciega; yo blasfemaba de Él, y estoy salvo!

—Hermano, dijo la niña, los altos juicios de Dios son inescrutables á nuestra débil razón, y el que, favorables ó no, intente comprenderlos ó juzgarlos, no conseguirá otra cosa que hacer más densas y apenadoras las tinieblas de su ignorancia y necesidad.

—Hija mía, tiemblo que tu corazón haya hecho una elección desacertada y prematura ante todo: apenas has cumplido quince años.

EL TIEMPO ILUSTRADO

ál un lado y otro, cual si las paredes y los muebles del cuarto pudieran darle la explicación de aquel extraño y espantoso enigma.

—No miraré.

—¿Qué me miras con esa fijeza aterradora?

—Oh, calla, calla; qué idea tan horrible!

—No es, pues, la muerte lo que puede separarnos, continúo ésta; hablo de otra separación, la que pudiera originarse por un tercero que se interpusiera entre ambas.

—Un hombre que llegara a tener sobre mí derechos más fuertes y sagrados que tus propios derechos, y al que pudiera amar más que á tí misma. . .

—¡No me abandones, sálvame, yo no quiero ser más que tuya, tuya siempre.

—¡Ah! exclamó el mozo; burla horrible e impía de la casualidad es esa: tú invocando fervorosamente á Dios, quedaste ciega; yo blasfemaba de Él, y estoy salvo!

—Hermano, dijo la niña, los altos juicios de Dios son inescrutables á nuestra débil razón, y el que, favorables ó no, intente comprenderlos ó juzgarlos, no conseguirá otra cosa que hacer más densas y apenadoras las tinieblas de su ignorancia y necesidad.

EL TIEMPO ILUSTRADO

siendo á cenizas todo su poder, todas sus seducciones, todo su hechizo.

—No miraré.

—¿Qué me miras con esa fijeza aterradora?

—Oh, calla, calla; qué idea tan horrible!

—No es, pues, la muerte lo que puede separarnos, continúo ésta; hablo de otra separación, la que pudiera originarse por un tercero que se interpusiera entre ambas.

—Un hombre que llegara a tener sobre mí derechos más fuertes y sagrados que tus propios derechos, y al que pudiera amar más que á tí misma. . .

—¡No me abandones, sálvame, yo no quiero ser más que tuya, tuya siempre.

—¡Ah! exclamó el mozo; burla horrible e impía de la casualidad es esa: tú invocando fervorosamente á Dios, quedaste ciega; yo blasfemaba de Él, y estoy salvo!

—Hermano, dijo la niña, los altos juicios de Dios son inescrutables á nuestra débil razón, y el que, favorables ó no, intente comprenderlos ó juzgarlos, no conseguirá otra cosa que hacer más densas y apenadoras las tinieblas de su ignorancia y necesidad.